

## Quinto domingo del Tiempo Ordinario A2023

Un día un maestro de la ley le hizo una pregunta a Jesús: “Rabí, ¿cuál es el mayor de los mandamientos? Jesús respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". (...) Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas". (Mt 22,35-40; Mc 12,28-34; Lk 10,27).

Según esta respuesta de Jesús, la fe cristiana tiene dos dimensiones: una vertical y otra horizontal. La dimensión vertical es la que trata de nuestras relaciones con Dios y la horizontal la que trata de nuestras relaciones con nuestros semejantes. Estas dos dimensiones están tan interrelacionadas que no podemos hablar de una sin la otra. Estas dos dimensiones imponen deberes y obligaciones que tenemos que cumplir frente a Dios y frente a nuestros hermanos y hermanas.

Estas dos dimensiones de la fe aparecen claramente en la propuesta que Isaías presenta al pueblo de Israel. Les recuerda que la oración y el culto, aunque importantes, no son suficientes si se descuidan las preocupaciones sociales hacia los pobres y necesitados. Deben compartir su pan con los hambrientos, abrir sus casas a los pobres y a los oprimidos, vestir a los desnudos y despojarse del egoísmo. Si así actúan, Dios los bendecirá en el tiempo de sus necesidades y los protegerá en el tiempo de la adversidad; sanará todas sus heridas y escuchará su oración. Así resplandecerán su luz en las tinieblas, y su oscuridad será como el mediodía.

Al mantener juntas estas dos dimensiones en la propia vida hace del discípulo alguien especial, que no es un hombre y una mujer en los que Jesús está presente ya través de los cuales actúa. En otras palabras, los discípulos de Jesús se diferencian de los demás hombres y mujeres por su esfuerzo por imitar a Jesús, por vivir según sus normas y por transformar el mundo, guiados por sus palabras.

Entonces, tiene sentido que Jesús pueda decir: “Ustedes son la sal de la tierra”, “Ustedes son la luz de la tierra”. Observan que Jesús no dice: “Deben ser sal y luz”. Él dice: “Ustedes son sal y luz”. Entonces, ¿qué significa todo esto y cómo nos afecta hoy?

En el mundo antiguo, la sal era muy apreciada. Estaba conectada con la pureza; se usaba para evitar que las cosas se estropearan y para mantener a raya la putrefacción. Incluso hoy en día, la sal da sabor a las cosas. ¿Qué sería la comida sin sal sino insípida?

De hecho, la sal era la más primitiva de todas las ofrendas a los dioses, y hasta el final del día los sacrificios judíos se ofrecían con sal. “Toda ofrenda de cereal que presentan al Señor será sazonada con sal” (Levítico 2: 13). Entonces, si tenemos que ser la sal de la tierra, debemos ser personas que mantengan en alto el estandarte de la pureza absoluta en el habla, en la conducta e incluso en el pensamiento. Nunca podemos apartarnos de los estándares de estricta honestidad.

Si queremos ser la sal de la tierra, debemos tener cierta influencia antiséptica en la vida. ¿Qué significa? Tenemos que ser como un antiséptico limpiador que mate los microbios que pueden empeorar la herida. Así, con nuestra presencia se vence al malo y se hace más fácil que los demás se conviertan en buenas personas.

Si queremos ser la sal de la tierra, tenemos que dar sabor a la vida como la sal da sabor a la comida, es decir, en un mundo deprimido por tantos problemas, tenemos que ser el pueblo lleno de alegría de vivir.

Sin duda, estamos destinados a ser la sal de la tierra, es decir, personas que marcan la diferencia en la vida de los demás en el mundo. Pero si no podemos cumplir con este deber de traer a la vida, el poder antiséptico, el resplandor que debemos, entonces, preparamos un desastre. Por eso Jesús tiene razón al decir que si la sal pierde su sabor, no sirve para nada.

Jesús dice también: “Ustedes son la luz del mundo”. ¿Qué quiere decir con eso? Somos la luz del mundo por nuestro bautismo porque por él hemos sido conformados a Cristo, la luz del mundo. Nuestro ser luz es por asimilación a Cristo que es la luz de la luz y que vive en nosotros.

En general, una luz es algo que está sobre todo para ser visto. Una luz es una guía y la luz advierte, como el semáforo. Si queremos ser la luz, debemos tener un impacto real y un brillo visible en las personas que nos rodean y en el mundo. Todo nuestro ser debe reflejar la luz de Cristo que vive en nosotros y actúa a través de nosotros.

Nuestra influencia en el mundo debe hacerse visible por la forma en que tratamos los problemas importantes que afectan a nuestra sociedad y nuestro mundo. Una de las cosas que este mundo necesita más que cualquier otra cosa es gente que esté preparada para ser canales de bondad. El mundo necesita sus luces de guía; hay personas que esperan y anhelan una pista para tomar una posición y hacer lo que no se atreven por sí mismos.

Como el semáforo que se usa para regular el tránsito o el semáforo en el estuario de un río, o una luz que se usa para alumbrar una casa, como cristianos, tenemos que ser nosotros quienes despejemos el camino a los demás. Tenemos que ser los que ayuden a los demás a alcanzar su seguridad poniendo su vida en las manos de Dios. Tenemos que ser los que adviertan a los demás del riesgo que corren, especialmente a los más jóvenes, para que no pierdan el camino hacia la vida eterna.

Cuando hubiésemos hecho todo esto, no debemos olvidar que es para la gloria de Dios y no para la nuestra. Nunca debemos hacer el bien para atraer la atención sobre nosotros, sino siempre para la gloria de Dios. De lo contrario, nos hemos pagado con lo que hemos hecho y, en este caso, impedimos que Dios nos recompense cuando llegue el momento.

Por eso nunca debemos pensar en lo que hemos hecho, sino en lo que Dios nos ha permitido hacer para su gloria. Ese espíritu de humildad y de anulación es lo que encontramos en San Pablo. Vino a los Corintios en sencillez, temor y temblor. No se basó en los logros humanos cuando les llevó el Evangelio, sino solo en Dios. Después de todo, la fe no se basa en la sabiduría humana sino en el poder de Dios.

Pidamos al Señor la gracia de tener siempre presente ante nuestros ojos la doble estructura de nuestra fe que es la relación con Dios y con el prójimo. Pidámosle valor para cumplir con nuestros deberes espirituales hacia él sin descuidar nuestros deberes sociales hacia los demás. ¡Que nos dé el valor de ser sal de la tierra y luz del mundo para la gloria de su nombre! ¡Dios los bendiga a todos!

**Isaías 58: 7-10; 1 Corintos 2: 1-5; Juan 5: 13-16**



Fecha de la Homilía: el 05 de Febrero, 2023  
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20230205homilia.pdf